

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT

Día 23 de enero

P. Juan Croisset, S.J.

Nació San Raimundo de Peñafort el año de 1175 en el castillo de este nombre, cerca de Villanueva del Panadés, en el principado de Cataluña, siendo sus padres señores del mismo castillo y aliados de los reyes de Aragón. Criaronle con el cuidado correspondiente; y, apenas pasó de la infancia, quedó huérfano de padre y madre, haciéndose cargo de él como tutor un pariente llamado Bernardo Ponce, que le atendió como verdadero padre; y habiéndole dedicado al estudio de las ciencias naturales, como estaba dotado de excelente ingenio, hizo en poco tiempo tantos progresos, que enseñó públicamente filosofía, antes de cumplir veinte años de edad, en Barcelona, con tanto aplauso como felices resultados; se aplicó después al estudio de las leyes, y para perfeccionarse en ellas pasó á la Universidad de Bolonia á los treinta años de edad, donde luego se hizo admirar; y después de recibir el grado de doctor en ambos derechos, habiendo vacado una cátedra de maestro de Derecho canónico, fue provisto en ella con general aceptación.

Causaba admiración su ingenio, pero mayor su desinterés y su vida ejemplar; porque no quiso admitir la renta que le señaló la ciudad sino para repartirla entre los pobres, no teniendo en sus estudios otros fines que puramente el de la caridad.

Al volver de Roma D. Berenguer de Palau, obispo de Barcelona, pasó por Bolonia para ver á Raimundo su

diocesano, de quien oía hablar en toda Italia con grande elogio. Conoció luego que un sujeto de aquel mérito podía ser de suma utilidad á su Iglesia. Por lo que proveyó en él un canonicato, y después una de las primeras prebendas de la catedral. Desde luego se dejaron admirar el extraordinario mérito y la no menos extraordinaria piedad de Raimundo. Su caridad con los pobres, su amor al retiro, su asistencia al coro, su recogimiento interior y su modestia hicieron impresión en los ánimos y en los corazones, de manera que en poco tiempo se reconoció visiblemente la reforma del Cabildo.

Profesó siempre tierna devoción á la Santísima Virgen, animado del deseo ardiente de extender su culto y de inspirar la misma piedad en los corazones de todos. Observando que la fiesta de la Anunciación se celebraba con poca solemnidad en Barcelona, obtuvo que se hiciese el Oficio con mayor celebridad piadosa, y dejó una fundación para que fuese esta fiesta una de las más solemnes.

Sólo pensaba Raimundo en santificarse cada día más y más por medio de los ejercicios de devoción y de penitencia, cuando se sintió llamado á estado más perfecto. Valióse Dios para su vocación del escrúpulo que se le excitó por habersele quitado á un pariente suyo la que tenía de entrar en la religión de Santo Domingo, con el pretexto de que toda novedad es sospechosa. Tomó el hábito de dicha religión en Barcelona, el Viernes Santo del año de 1222, cerca de ocho meses después de haber muerto el santo fundador y patriarca.

En el nuevo estado renovó extrañamente su fervor. Ningún novicio le aventajó en correr apresurado por el camino de la perfección; ninguno le excedió en los esmeros de una humildad profunda ni en la exactitud de la regular observancia.

Muy á los principios de su noviciado, pidió con instancia á los superiores que le impusiesen severa penitencia por las vanas complacencias que había tenido al oír los aplausos con que celebraba el mundo su magisterio. Consintió en ello el provincial y le mandó que en penitencia compusiese una Suma de moral, y es la que corre hoy con nombre de *Suma de Raimundo*, siendo la primera que salió á la luz en esta materia.

La generosidad con que un hombre tan distinguido por su nacimiento, ingenio y dignidad; tan admirable por su virtud, tan respetable por sus raros talentos y por su sabiduría, había dejado el mundo para vivir humilde y desconocido en el estado religioso, le hizo mucho más célebre por todo el Universo, y de todas partes concurrían á consultarle como á oráculo.

Le escogió Dios para contribuir más que ningún otro á la fundación de la Orden de Nuestra Señora de la Merced para redención de cautivos. Una maravillosa visión que en una misma noche tuvieron Jaime el Conquistador, rey de Aragón, San Pedro Nolasco y nuestro Raimundo, unió el celo de todos tres para promover este sagrado instituto. San Pedro Nolasco fue el fundador, el rey de Aragón el apoyo, y Raimundo fue como el alma de esta grande empresa, que tuvo después tan asombrosos resultados. Esta piadosa obra fue solemnemente instituida el 10 de Agosto de 1223.

Por este tiempo vino á España á predicar la Cruzada contra los moros el cardenal Juan de Abbeville, obispo de Sabina y legado de la Santa Sede. Parecióle al cardenal que no desempeñaría bien su misión si San Raimundo no le ayudaba con sus consejos y su santo celo. Predicó la Cruzada con tanto espíritu y con tanta felicidad, que el legado le atribuía principalmente, y con mucha razón, las grandes ventajas que las armas cristianas consiguieron

de los infieles. Vuelto á Roma el cardenal, dijo tantas maravillas de San Raimundo, que el papa Gregorio IX le llamó para que asistiese cerca de su persona; hízole su capellán, escogióle por su confesor, y le nombró por penitenciario mayor de la Santa Iglesia de Roma. Después que experimentó su rara capacidad, le mandó compilar todas las decretales ó constituciones pontificias de sus predecesores con los decretos de los concilios. Esta *Colección de las Decretales*, en cinco libros, hecha por San Raimundo, es la más autorizada y la más generalmente recibida en todas las universidades. Ni las grandes ocupaciones ni los continuos estudios alteraron nunca su piedad, ni mucho menos se dispensó por eso en los ejercicios de la vida religiosa. Instóle el Papa para que aceptase el arzobispado de Tarragona y otras dignidades eclesiásticas con que le brindó, pero todo fue en vano; porque fue tan invencible su resistencia como su humildad, y habiendo juzgado los médicos que le convenía regresar á Cataluña, para reparar la salud, se volvió á su convento de Barcelona como un fraile particular, sin beneficio, sin título, sin pensión, considerándose en todo como el menor de sus hermanos. Su presencia en la tierra natal fue señalada por un milagro; pues al desembarcar encontró á un hombre que, hallándose gravemente enfermo, no podía confesarse por haber perdido el uso de todos los sentidos. San Raimundo rogó á Dios por aquel enfermo, que al cabo de un rato abrió los ojos, y vuelto en sí confesó todos sus pecados, entregando luego apaciblemente su alma á Dios.

La enfermedad que le obligó á retirarse de Roma se la habían causado sus excesivas penitencias; pero, apenas recobró la salud, cuando volvió á ellas con mayor fervor. Comía una sola vez al día; todas las noches tomaba una áspera disciplina; eran extraordinarias sus vigiliass, su oración continua, su mortificación severa, pero únicamente para él; porque para los demás era

suavísimo, siendo la dulzura de Jesucristo el modelo de la suya. Sin dejarse llevar de indignas ó cobardes complacencias, sabía perfectamente el arte de ganar los pecadores, sin dar cuartel al pecado.

Gozaba Raimundo tranquilamente el dulce sosiego de la vida privada, retirado en su convento de Barcelona, cuando en el año de 1238, muy contra su voluntad, fue electo general de toda la Orden en lugar de Luis Jordán, que había sucedido á Santo Domingo. Cualquiera otro corazón menos humilde que el de Raimundo pudiera dejarse lisonjear de un cargo de tanta distinción; y no faltarían razones al amor propio para juzgar conveniente á la mayor gloria de Dios y al mayor bien de la religión mantenerse en él; pero eran muy despejadas las luces, muy sólidos y muy espirituales los dictámenes de Raimundo para que le hiciesen fuerza estos pretextos, desviándose, de su fin, que era aspirar á la mayor perfección. Después que visitó á pie todas las provincias de la Orden, renovando en los corazones de sus súbditos el primitivo fervor, renunció el generalato.

Más no por eso logró tampoco esta segunda vez por mucho tiempo el descanso del retiro y de la vida particular. Los papas Celestino IV, Inocencio IV, Alejandro IV, Urbano IV y Clemente IV, descargaron en él gran parte del peso de sus cuidados y de las penosas fatigas de la Santa Sede. A tantas ocupaciones importantes se añadieron las que le encomendaba el rey de Aragón, que le había escogido por su confesor, y frecuentemente le empleaba en diferentes legacías. Bendijo Dios tan extraordinariamente el celo de su fiel siervo, dándole tanta gracia para la conversión de los moros y de los judíos esparcidos en toda España por aquel tiempo, que en pocos meses convirtió á más de diez mil.

Tenía el rey entera confianza en su confesor, y le

hizo ir en su compañía á Mallorca, donde á la sazón se hallaba la corte. Allí continuó la conversión de judíos y moros; pero, habiendo llegado á entender que había en la corte cierta dama con quien se sospechaba que el rey tenía ilícito comercio, tomó la libertad de representarle con respeto y de suplicarle con instancia que se sirviese separarla. Como vio que proseguía el escándalo, y que el monarca le iba entreteniendo con vanas palabras, creyó que estaba obligado á pedir licencia para retirarse; y, habiéndosela negado, él se la tomó.

Fue al puerto para embarcarse; pero se le dijo que había orden del rey para que, bajo pena de la vida, ninguno le pasase. Entonces, lleno el Santo de gran confianza en el Señor, hizo la señal de la Cruz, extendió su capa sobre el agua, tomó el báculo en la mano, montó en aquella embarcación de nueva especie, tomó la mitad de la capa, atóla al mango del báculo, haciendo mástil de éste y vela de aquélla, y á favor de un viento fresco que se levantó hizo en menos de seis horas el viaje de cincuenta y tres leguas que hay desde Mallorca á Barcelona. Al llegar á su convento, se le abrieron por sí mismas las puertas, que estaban cerradas; hallóse sin la menor humedad la capa que le había servido de embarcación y de vela, y el miedo que tuvo su compañero de fiarse de aquel navío acreditó también la verdad del hecho y de la maravilla.

Como fueron innumerables los testigos de milagro tan estupendo, presto se extendió la fama por todas partes. Creció la estimación y la veneración que se tenía del Santo; el rey se dio por entendido; al instante echó de sí aquella cortesana, y se volvió á entregar con mayor confianza en manos de su director.

Retirado de nuevo á su convento de Barcelona, supo por divina revelación que Dios destinaba á sus hermanos

de religión á la conversión de mahometanos y judíos, que con sus perniciosos errores infestaban á España y al África; y con el fin de que realizaran tan santa misión por modo más fácil, fundó cátedras de hebreo y árabe en Murcia y Túnez.

Vivió todavía algunos años San Raimundo dedicado á continuos y penosos ejercicios de caridad. Ni sus viajes, ni los trabajos de las misiones, ni los molestos achaques le estorbaban celebrar cada día el santo sacrificio de la Misa. La celebraba con tanta devoción y ternura, que comúnmente se decía que no había convertido á menos pecadores su modestia en el altar, que su fervor en el pulpito. Suplicó á Santo Tomás de Aquino que para confundir la vana ciencia de los rabinos judíos y de los santones islamitas escribiera un libro refutando tan falsas doctrinas; y así lo hizo el Doctor Angélico, escribiendo su famosa *Suma contra los gentiles*, cuya iniciativa se debe á San Raimundo de Peñafort. Consumido de trabajos y colmado de merecimientos murió en Barcelona tan santamente como había vivido, el 6 de Enero de 1275, á los noventa y nueve años y cuatro meses de su edad.

En su enfermedad le visitaron los reyes de Castilla y Aragón, y honraron su entierro con su asistencia, juntamente con los príncipes y las princesas de las dos casas reales, los prelados y señores de las dos cortes, acompañados de la nobleza y del pueblo de la ciudad. Trescientos veintiséis años después de su muerte, el papa Clemente VIII, movido de la devoción de los reyes y de los pueblos, y de un gran número de milagros, le canonizó solemnemente el 2 de Abril de 1601, fijándose su fiesta el 23 de Enero. La sola enumeración de los milagros que sirvieron para su canonización ocupa diez y seis páginas de la célebre obra de los Bolandos.

El cuerpo de San Raimundo fue sepultado en la

iglesia de Santa Catalina, que era la de su convento. En virtud del legado hecho por Bonanato Sabater en 1297, se labró un sencillo pero elegante sepulcro de mármol en la capilla que llevaba su nombre. Tres veces, desde entonces, ha sido abierto este sepulcro: primera, el 4 de Abril de 1598, con motivo del expediente de canonización; segunda, el 7 de Junio de 1599, á petición del rey Felipe III, y la tercera el 24 de Mayo de 1601, para llevar el santo cuerpo en la procesión hecha al ser canonizado. Allí reposaron tan preciosos restos hasta el año nefasto de 1835, en que, para dar gusto á las pasiones revolucionarias, se demolió la iglesia de Santa Catalina, y el cuerpo de San Raimundo se depositó en la iglesia de Santa Marta, de Barcelona, hasta que por acuerdo del Cabildo, de 16 de Diciembre de 1878, fue trasladado á la iglesia catedral, y guardado en la que fue capilla de los Santos Juan y Pablo, dentro del mismo sepulcro en que estuvo Santa Catalina, habiéndose hecho la traslación solemne en 6 de Mayo de 1879. Allí continúa hoy, recibiendo culto diario y solemnísimos.

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO

Uno de los varones más ilustres en letras y santidad que tuvo España en el siglo en que florecieron los Isidoros, los Eladios, los Justos y los Eugenio, fue San Ildefonso, arzobispo de Toledo, fruto de la piedad y las dádivas con que quiso Dios premiar en esta vida las limosnas y oraciones que le habían merecido. Sus padres, Esteban y Lucía, nobles y ricos, vivían en Toledo afligidos por no haberles dado el Cielo, en algunos años que llevaban de casados, quien perpetuase su estirpe y heredase con su hacienda su piedad. Suplicaban, por tanto, con vigiliyas, oraciones y limosnas á la misericordia divina; y Lucía, que tenía singularísima devoción á la Madre de Dios, la ponía por intercesora con viva confianza de alcanzar lo que pretendía. Dios oyó las

súplicas de sus siervos, dándoles el deseado fruto de bendición que con tanto fervor le habían pedido. Nació, pues, Ildefonso cerca del año del Señor de 608, reinando á la sazón Witerico, y ocupando Aurasio la silla de Toledo; y tiénese por cierto que nació en la casa de los condes de Orgaz, donde estuvieron después los Padres de la Compañía de Jesús.

Los años de su niñez fueron seguro indicio de que Dios le destinaba para uno de los mayores héroes de su Iglesia. La docilidad con que oía á sus maestros, la obediencia que profesaba á sus padres, el respeto que tenía á los mayores, junto con la particular dulzura que hacía amables todas sus acciones, constituyeron un niño verdaderamente inocente. A esto se llegaba el esmero con que sus padres procuraban educarle, mirándole como el único heredero de su sangre y de su nobleza. Su madre particularmente no perdía ocasión de inspirar en su tierno corazón amor y devoción sólida á la Madre de Dios; y apenas pudo Ildefonso hablar, cuando ya le había hecho aprender el *Ave María*, que repetía el santo niño con frecuencia, manifestando la dulzura que sentía en su alma. Creció Ildefonso, y juntamente con él la piedad, las inclinaciones santas, las esperanzas que habían concebido sus padres de su virtud y grandeza. Y para asegurarlas mejor le entregaron á San Eugenio, que después fue arzobispo de Toledo y antecesor suyo, tercero de su nombre, quien, como maestro suyo, no sólo le enseñaba las ciencias que ilustran el entendimiento, sino las que forman el corazón del hombre y le dirigen al Ser Supremo.

Viendo San Eugenio los rápidos progresos que hacía Ildefonso, y considerándole capaz de mucha mayor instrucción que la que él podía darle, le envió á Sevilla con recomendación particular para San Isidoro, considerado justamente como una de las mayores

lumbreras de la Iglesia y el mayor sabio de su siglo. En esta escuela estudió, durante doce años, las ciencias divinas y las humanas, adelantando en su instrucción cuanto se podía esperar de su talento y del sabio maestro que le cultivaba; pero al mismo tiempo no echaba en olvido que la ciencia sin la virtud hincha y ensoberbece, como dice San Pablo ; y así era admirado de su preceptor y de sus condiscípulos como modelo cristiano, al mismo tiempo que su ingenio, su aplicación y su aprovechamiento le hacían respetar más como maestro que como discípulo.

Cuando ya nada le quedó por aprender, el año 632 regresó á Toledo, con grande júbilo de sus padres; pero él con mayor desengaño de la vanidad del mundo. Le daban derecho á los honores su linaje, su ciencia y su posición social, juntamente con sus prendas naturales; pero él, por el contrario, pensaba en despreciarlo todo, poniendo en ejecución los deseos que desde niño había tenido de entrarse en un monasterio. Estos deseos le llevaron á separarse con sigilo de sus padres para ingresar en el monasterio benedictino de San Cosme y San Damián, situado en los arrabales de la ciudad. Y cuéntase que, faltando de su casa, y presumiendo su padre que había ido á hacerse monje, salió con alguna gente armada á detenerle en el camino, y aun á sacarle por fuerza del monasterio, caso que estuviese ya en él; que Ildefonso advirtió esto, y se escondió en lo cóncavo de una peña, dando tiempo á que pasase su padre de vuelta del monasterio, persuadido ya á que se había engañado; que luego prosiguió su camino, y recibió el hábito de mano del abad; pero estando el monasterio Agaliense en las afueras de Toledo, como unos ciento y cincuenta pasos distante de la iglesia pretoriense, entre Poniente y Norte, según creen algunos, no es fácil concebir dónde pudiese haber peñascales, sotos ni otros sitios cerrados é incultos donde sucedió esta milagrosa

ocultación.

Logró sus santos deseos nuestro Santo, tomando el hábito de monje, con tanto gusto suyo como amargura de su padre, que, apenas lo supo, creyó haberse perdido los timbres de su casa y las esperanzas de su posteridad; pero al fin, reducido á mejor consejo por las discretas y religiosas reflexiones de su mujer, quedó sosegado, y San Ildefonso quieto y pacífico en el retiro de su amado monasterio, en donde permaneció desde antes del año de 633, en que, siendo ya monje, fue ordenado de diácono por San Eladio, arzobispo de aquella iglesia, hasta fin del 657, en que fue sacado contra su voluntad del retiro; porque muerto el abad Deodato, los monjes todos designaron á San Ildefonso por su sucesor. En este largo tiempo tuvo su espíritu cuanto podía desear para emplearse enteramente en lo que le deleitaba, que eran las virtudes cristianas. Su mortificación, su silencio, su caridad, su continua oración y su asistencia á los ejercicios más humildes le hicieron reconocer fácilmente por un monje perfecto, capaz de servir de ejemplar á los demás en el oficio de abad, y así de nada sirvió su resistencia para que los monjes dejasen de poner sobre sus hombros el cuidado del monasterio y la dirección de sus almas.

Siendo abad, cumplió perfectamente con las difíciles obligaciones de prelado, manifestándose afable con los humildes, compasivo con los flacos, piadoso con los desgraciados, con los tristes consolador, justo con los delincuentes, y padre caritativo con todos. Cuidaba de la perfección de su espíritu y de su monasterio, sin omitir por eso el estudio de los libros sagrados, lo cual le hacía tener como uno de los más aventajados doctores de la Iglesia, atendiendo al mismo tiempo á otros estudios útiles y provechosos, como el de la música, por la que era entusiasta. Este estudio le proporcionó el recreo de su

tierna devoción á la Reina de los Ángeles, componiendo varias antífonas en su alabanza con música tan armoniosa, que suspendía con su dulzura y encendía el corazón en los santos afectos en que se había inspirado. Compuso también dos Misas en honor de San Cosme y San Damián, titulares de su monasterio Agaliense. Por este tiempo murieron sus virtuosos padres, y el Santo, amante de la virginidad, que conservó toda su vida, á proporción del amor que le encendía hacia la Virgen de las vírgenes, empleó su rico patrimonio en fundar y dotar un convento de monjas benedictinas en un lugar cercano llamado Deibio, cuya situación cierta se ignora; al que dio sabias reglas, que, con razón, fueron consideradas como modelo escogido para la vida claustral.

Cada día iban creciendo los méritos de San Ildefonso y su fama, la cual se hizo mayor con la asistencia á los Concilios 8.º y 9.º de Toledo, en los que manifestó sólida piedad y gran ciencia. A él se atribuye el canon 1.º del Concilio 10 toledano, en el que se instituyó en la Iglesia de España la fiesta de la Expectación. Varios años rigió San Ildefonso la abadía de San Cosme y San Damián, cuya dirección tuvo que dejar, bien á pesar suyo, á la muerte de San Eugenio III, arzobispo de Toledo, ocurrida el 13 de Noviembre del año 657.

Sólo Ildefonso pudiera haber enjugado las lágrimas justamente vertidas por San Eugenio, y llenar el vacío que, con la falta de este Santo, había de experimentar la Iglesia en España. Esta conocía bien las sobresalientes prendas que adornaban á Ildefonso, y así le eligió por metropolitano de Toledo, con tanta aceptación y aplauso de todos, como dolor y amargura de parte del Santo, que se hallaba bien con su amable soledad. Resistió cuanto pudo; tanto, que fue necesario que el rey Recesvinto, su corte y el pueblo todo le obligasen con alguna violencia á

sentarse en la primera Silla de España; y, persuadido á que Dios le llamaba á aquel honor, hubo de condescender con la voluntad divina y tomar sobre sí tan formidable carga.

Consagrado metropolitano de Toledo, comenzó á esparcir rayos de luz como el Sol brillante en medio de su carrera. Misericordioso con los pobres, los socorría con abundantes limosnas, sin que hubiese viuda, huérfano ó desamparado que no hallase en él un padre benéfico. Su atención se dirigía á todas partes: en dondequiera que encontraba el mérito, le premiaba, y con la misma igualdad corregía ó castigaba dondequiera que hallase un delito. Era tal su erudición y elocuencia, que parecía que Dios hablaba por su boca, según aseguran San Julián en su *Vida*, y Cixila, varón insigne en santidad y letras, que también fue cronista suyo. Mostróse bien esto con ocasión de haber pasado á España de la Galia gótica Helvidio y otros herejes arrianos que, renovando los errores de Joviniano, negaban la perpetua virginidad de María Santísima. San Ildefonso los refutó escribiendo un libro hermoso sobre esta materia, que, entre todos los suyos, es el que revela conocimientos más profundos en Teología, y los obligó á salir de España. Agradóse tanto la Madre de Dios de este servicio, que, estando el Santo en fervorosa oración, se le apareció la piadosa Virgen con el libro en la mano, y se dignó de dar gracias á su siervo por el valor, el celo y la sabiduría con que había defendido su virginidad.

A este celestial favor, que el Santo había recibido en secreto, se siguió otro sumamente público. Concurrieron al templo de Santa Leocadia á celebrar su día el rey, el clero é inmensa multitud del pueblo; y, estando San Ildefonso orando inmediato al sepulcro de la Santa, he aquí que de repente se levanta, por virtud superior, una grande losa del pavimento. Sucesivamente sale del

sepulcro la Santa, cubierta con un finísimo y blanco velo, y, llegándose á Ildefonso, puso su mano sobre la cabeza de éste, diciéndole: *Por ti vive la gloria de mi Señora, Ildefonso.* El pueblo se conmovió, todo absorto de admiración y de alegría; todo era dar á Dios gracias y bendiciones; y el clero entonaba el *alléluia*, repitiendo el cántico que el santo prelado había compuesto para la solemnidad de la Virgen María, y de que usa hoy toda la Iglesia. Tenía San Ildefonso asido el velo de Santa Leocadia, y clamaba con ansia que le diesen con qué poder cortarle un pedazo para memoria de milagro tan portentoso. Recesvinto, que lo advirtió, alargó la daga que traía á la cintura, con la cual cortó San Ildefonso una porción del velo que tenía asido, conservándose después la reliquia y el cuchillo en una caja de plata, para perpetua memoria de tan gran prodigio. Desapareció la Santa, y celebraron su solemnidad con el fervor, la alegría y devoción que es fácil concebir, después de haber recibido favor tan superior.

Con estos regalos celestiales se encendía más y más el corazón de Ildefonso en el amor á Dios, de que estaba abrasado, y en el obsequio á su Madre Santísima, cuyo honor con tanto empeño había defendido. Multiplicaba las limosnas, los ayunos, las vigiliass y todas las obras de piedad. Estudiaba y predicaba incesantemente, con especialidad en las festividades de la Virgen; y, deseando que sus fieles se dispusiesen con mayor fervor para celebrar la nueva solemnidad establecida en el Concilio 10 toledano, mandó que se celebrasen tres días de letanías con ayuno, antes de la fiesta de la Expectación, y con este motivo la Reina de los Ángeles honró, por modo singular y milagroso, á su capellán y siervo regalándole una casulla, como se dirá en el día 24, en la fiesta de su Descensión.

Después de este suceso, vivió San Ildefonso poco

tiempo. Los milagros obrados por Dios para honrar á su siervo aumentaron las virtudes de éste y la veneración de que era objeto por parte de sus diocesanos y de España entera. La vida del santo prelado puede decirse que fue desde entonces la de un ángel, sin fijar su atención en cosa alguna de la Tierra, salvo aquellas en que, por razón de su dignidad y para el bien espiritual y temporal de su diócesis, tenía que ocuparse. Hizo renuncia total de sus bienes, dedicándolos á obras piadosas y á limosnas innumerables, de las que se conserva en nuestros días santa memoria en la comida diaria que se da á treinta pobres en la catedral de Toledo. Su contemplación era tan continua y tan intensa, que á ella, más que á otra cosa, se debe atribuir su preciosa muerte, que sucedió á 23 de Enero del año del Señor de 669, á los sesenta próximamente de su edad y diez y ocho del reinado de Recesvinto, habiendo gobernado la iglesia de Toledo nueve años y dos meses. Fue de estatura gentil y de una varonil hermosura, que le hacía amable hasta por el semblante; á esto se llegaba un modesto y venerable aspecto que causaba reverencia, una dulzura de genio y de costumbres que encantaba, y una suavidad en el trato, junto con una continua alegría, que robaba los corazones de todos, tanto en el estado seglar y de monje, como en el de obispo.

Su cuerpo fue sepultado en la basílica de Santa Leocadia, cerca del de su tío y predecesor San Eugenio, y sobre la lápida de su sepulcro mandó grabar San Julián, su discípulo predilecto, un expresivo epitafio, resumen de los hechos de su santo y docto maestro. La irrupción de los árabes en España obligó á trasladar tan venerandos restos á la iglesia de San Pedro en Zamora, y, al ser invadida esta ciudad por los moros, los cristianos los escondieron dentro del mismo templo.

Libre Zamora de los agarenos, se apareció San

Ildefonso á un virtuoso pastor, indicándole el sitio donde se hallaba oculto su cuerpo. No se dio crédito á la aparición, y siguió oculto el cuerpo de San Ildefonso hasta el año 1260, en que, reinando Alfonso X *el Sabio*, y siendo obispo de Zamora D. Suero Pérez de Velasco, con motivo de varias obras de reedificación del templo de San Pedro, fue descubierto el 26 de Mayo, en el mismo sitio que muchos años antes había indicado el pastor.

Así permaneció hasta el 1455, en que se trasladó al lado derecho del altar mayor de dicha iglesia, y en 1506 quedó definitivamente colocado en una rica y artística caja de plata en medio del altar mayor, juntamente con los restos de San Atilano, prelado que fue de aquella diócesis.

La casulla se llevó á Oviedo, en cuya catedral se conserva.

Escribió muchas obras, bien que no todas quedaron concluidas, por causa de que se lo impidieron varias ocupaciones y molestias, como dice San Julián en su Vida; sin embargo, las que andan impresas dan testimonio de su profunda humildad, de su amor y ternura á la Virgen María, de su vasta erudición sagrada y profana y del gusto y celo con que reformaba y promovía la disciplina eclesiástica ; por todo lo cual mereció justamente ser apellidado en vida nuevo Crisóstomo, oráculo del Cielo, luz de doctores y otros títulos que muestran el aprecio en que fue siempre tenido, y con cuánta razón le regaló la Virgen soberana visitándole en persona, y asegurándole de otros más dulces y apetecibles regalos, que al presente goza en las mansiones eternas.

La Misa es en honor de San Ildefonso, y la oración es la que sigue:

i Oh Dios, que por medio de la Madre gloriosísima de tu Hijo honoraste al bienaventurado Ildefonso, tu confesor y pontífice, enviándole un don precioso de los tesoros celestiales, concédenos, benigno, que por su intercesión y por sus méritos consigamos los dones eternos! Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 4.º de la segunda del Apóstol San Pablo á Timoteo, y es la misma del día 14, pág. 167.

REFLEXIONES

Vendrá tiempo en que los hombres no quieran sufrir la doctrina sana. Quizá se pensará que está muy lejos de nosotros este tiempo desgraciado de que habla el Apóstol. Mas, para creerlo así, era necesario ver que fuese generalmente bien recibida la sana doctrina. ¿Qué se piensa de un predicador cuando, ejerciendo su sagrado ministerio, combate las supersticiones, los abusos y las falsas devociones que reinan en el pueblo, pero que ceden en beneficio de algunos particulares que tienen interés en sostenerlas? Se dice que esto es destruir la piedad; que es alterar la fe y las santas tradiciones del pueblo; que á éste se le debe dejar en su buena fe, como si la piedad cristiana debiera apoyarse en fábulas y mentiras injuriosas, bajo todos aspectos, á la misma religión que las detesta. ¿Es mejor recibida la sana doctrina del que hace ver los evidentes peligros que ocasionan á la conciencia los teatros, los espectáculos profanos, ciertos bailes y algunas concurrencias de donde no puede menos de salir manchada la inocencia? ¿Se verían tan frecuentados estos lugares de disolución si se viese bien recibida entre los cristianos la sana doctrina? No parece sino que el ser uno cristiano católico no consiste más que en saber el *Credo*, descuidando totalmente lo que se debe practicar. Ya se ve: el *Credo*

no está en guerra con las pasiones, y se quisiera que el Decálogo se convirtiese en artículos de pura creencia. Dígase á una de esas personas mundanas que la Virgen Santísima no es Madre de Dios: se irritará, se enfurecerá y dirá que perderá la vida en defensa de la verdad. Pero dígasele que debe huir de las reuniones peligrosas, que debe mortificarse y llevar la cruz de Jesucristo: se la verá disculparse, santificarse y asegurar que en nada halla peligro. ¿Y es esto algo más que una ligera sombra del cristianismo ?

El Evangelio es del cap. 5.º de San Mateo, y el mismo que el del día 14, pag. 168.

MEDITACIÓN

De los daños que causa el lujo.

PUNTO PEIMERO. — Considera que por más que se declame y se haga patente á los ojos de cualquiera hombre de mediano juicio la necedad de sostener el lujo que arruina las casas y familias, es tan fuerte la preocupación á favor suyo, que llega á tenerse por virtud entre sus apasionados. Nada importa que la Sagrada Escritura, los Santos Padres y Doctores la abominen; de nada sirve que la razón y la experiencia se reúnan para hacer palpables sus estragos. El lujo, i quién lo creyera!, tiene apologistas entre los cristianos que han hecho solemne renuncia de las galas y vanidades del siglo; el lujo, se dice, es el alma del comercio, es el nervio de los Estados, es el que da ocupación á infinidad de artesanos, que morirían sin él en manos de la indigencia; el lujo, se dice, es el azote de la holgazanería , el destructor de la avaricia, el padre de las artes y el apoyo de la felicidad de los Estados. Pero, bien examinadas, ¿tienen alguna fuerza estas exageradas ponderaciones? ¿Pueden hacer

otra cosa que seducir á los incautos y á los que no se paran á reflexionar las cosas como son en sí mismas? Los imperios más florecientes del mundo comenzaron todos por la frugalidad, y se arruinaron por el lujo: los persas, los asirios, los griegos y los romanos no tuvieron otro origen ni otro principio de su fatal decadencia, como lo acreditan sus historias. Nunca está más débil un reino que cuando más brilla en él un lujo desmedido; y, si esto es evidente respecto á una nación entera, ¿qué sucederá con las familias? ¿Cuántas quiebras ruidosas no padecen los más sanos caudales? ¿Cuántos matrimonios ventajosos no impide diariamente el lujo? ¿Qué trastornos, qué inquietudes, qué disgustos y qué disensiones eternas no fomenta el lujo en muchas casas y familias? ¿De cuántas injusticias, de cuántas infamias no es causa? ¿De qué artificios no debe valerse el que tiene que aparentar una ostentación que le arruina interiormente?

Pero el lujo fomenta multitud de manos que vivirían en la ociosidad. Perfectamente: no se puede negar que es un bien imponderable que se dé ocupación á los ociosos, que se ejerciten los talentos útiles, y que se fomenten las artes; pero ¿no hay su más y su menos en esta ocupación de manos y talentos? ¿Qué utilidad nos traen tantos artífices del lujo y de la vanidad, tantos talentos inútiles, y aun nocivos, que no tienen otro objeto que las nuevas invenciones y las modas inútiles con que cada día disipan los caudales más lucidos? ¿Son realmente necesarios esos innumerables ministros de la vanidad, que únicamente se emplean en llenar de polvo y de inmundicia los cabellos, adornándolos y rizándolos contra el precepto del Apóstol, y en dar enorme magnitud á unas cabezas tan pequeñas como vanas? Serían útiles ciertamente si, como las adornan en lo físico, las compusieran en lo moral. ¿Y es también necesaria esa multitud inmensa de sirvientes que no tienen otro empleo

que dar ostentación á los señores, viviendo, sin embargo, en un ocio eterno y vergonzoso? ¿Son por ventura indispensables para nuestra felicidad esas personas que se emplean en las fútiles bagatelas, fruslerías y necesidades que nos presenta el inconstante sistema de la moda?

Más, se fomenta el comercio y subsisten los artesanos: así se dice; pero ábranse los libros de los comerciantes y se verán llenos de cuantiosos créditos contra esas mismas personas que aparentan en público el lujo más brillante; se verá la mayor miseria cubierta con una ostentación magnífica y pomposa. Y no cobrando el comerciante el importe de sus géneros, ¿podrá subsistir largo tiempo su comercio? Se da que trabajar al artesano; pero ¿cuántos de estos infelices suspiran largo tiempo por sus jornales, carecen del fruto de sus sudores, con que debieran alimentar á sus familias, y padecen entre tanto, no sólo el horror de la miseria, sino insultos y desprecios de parte de sus deudores? ¿Y es ésta toda la utilidad y ventajas que el lujo nos proporciona? ¿Y habremos de ser tan ciegos que no conozcamos nuestra ruina cuando se nos entra por los ojos?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay vicio más ridículo que la vanidad en el lujo, ni que más pueda hacer reír á cualquier hombre sensato. Aun los más apasionados por el lujo se quejan amargamente de la dura precisión en que los pone para haber de mantenerle, aunque sea á costa de la mayor economía y del ayuno más riguroso en sus casas. Se quejan del excesivo precio á que deben pagar esos muebles de vanidad, que hoy lucen y mañana se desprecian. Ponderan que ha subido tanto de punto la vanidad, que se ven precisados á que sus mujeres é hijas lleven hoy en la cabeza lo que en otros tiempos sería el dote de una princesa ó de una reina; se lamentan de que no pueden

colocar á una hija á causa de los excesivos gastos que ha introducido la moda; y, si no la colocan, sienten el desvelo é inquietudes que les causa el custodiarla. Así hablan los mismos esclavos del lujo, aquellos hombres en cuyas manos está el librarse enteramente de tan tirana esclavitud, si tuviesen siquiera una hora de juicio. ¿No sería loco el que pudiendo, con sólo querer, librarse de una enfermedad, se obstinase en padecerla y se quejase de sus males? ¿No sería más digno de risa que de lástima? Pues esto es lo que le sucede á los lujosos: todos se quejan; todos pueden, sólo con que quieran, librarse de tan molestos sinsabores, y, con todo, ninguno se resuelve á romper esta cadena que á todos los aprisiona.

No es menos risible la locura de los que dicen que les es necesaria la ostentación y el lujo para, distinguirse de los inferiores y de las gentes de otra clase. Y llega á tanto el desatino, que creerían arriesgar su honor si no se presentasen con el mismo tren y magnificencia que los demás de su esfera y condición: isublime idea, por cierto, la que se tiene del mérito y del honor! A poco que se reflexione, se conoce claramente que el honor no tiene enemigo más poderoso ni temible que el mismo lujo con que quiere conservarse. Quiere una señora mantener entre sus iguales el mismo lujo que ellas; saben muy bien éstas lo que pasa por sí mismas para sostenerle; la economía, los ayunos forzados que les cuesta en su casa el brillar en las concurrencias ; saben también á cuánto ascienden sus rentas; y por estos principios, en que no pueden equivocarse, cuando ven que otra compite con ellas ó las excede en galas, y sin tener igual ó mayor renta, es muy natural la consecuencia: que, ó el comerciante le dará sus géneros de balde, ó que se valdrá de alguna industria que ellas no conocen. Y ¡cuánto no interesa en esto su honor! Y ¿serán muy temerarios los juicios á que se da lugar con conducta semejante ?

Quiere una señora distinguirse de la plebe con un vestido magnífico y costoso; pero ¿no se sabe demasiado que ciertas prendas naturales, reunidas á la disolución más infame, suelen equivocar todas las clases? ¿Quién podrá distinguir una de esas viles criaturas de la señora más encumbrada, sólo por el exterior? Debiera, pues, ésta vestirse de estrellas y coronarse de luceros para distinguirse de las otras; pero ¿tienen juicio, tienen sentido común unas personas que hacen consistir su honor en cuatro cintas, en cuatro bagatelas que se compran en cualquiera tienda por unas pocas pesetas? Mas ¿qué se dirá de mí si no me presento con los mismos atavíos que las señoras de mi clase? Se dirá que tienes juicio, que no eres tan loca como las demás, que usas de tu razón, que fundas tu mérito en tus actos, que no quieres ser vil esclava de los caprichos de la moda, que crees que el vestido no puede darte mérito verdadero, que te sabes contentar con la decencia cristiana, y digna de que la imitasen las demás. Esto es lo que se dirá, y así pensará todo hombre sensato. Es verdad que no juzgará del mismo modo esa turba de adoradores que te adula, que celebra tus prendas y elogia el bello gusto de tus adornos. Pero ¿eres tan inocente que no adviertas adonde se dirigen esos fingidos elogios? Saben muy bien esos jóvenes á quienes procuras agradar, que á proporción que es mayor tu artificio en adornarte, es menor el que tienen que emplear para seducirte. Esos mismos que elogian tus gracias y belleza, no son los que te buscarán para esposa. Saben que una mujer apasionada por el lujo no es una fortaleza inconquistable á las balas de oro y plata; que el honor es una débil barrera en este caso; y, aun cuando pudieses resistir á sus ataques, ¿quedaría por eso tu honor ileso entre sus lenguas?

Desengáñate, pues, y cree firmemente que la virtud, la honestidad y la decencia son las prendas más

brillantes y las que hacen el verdadero adorno de una señora cristiana. Todo cristiano renuncia solemnemente en el bautismo las pompas y vanidades del siglo. Pregunta, pues, á una de esas personas del mundo qué es lo que ha renunciado en el bautismo, y no sabrá qué responderte. ¡Cosa extraña! Jamás pensó San Ildefonso en los vanos adornos que tanto se estiman en el mundo, y mereció que la misma Reina del Universo le honrase enviándole de los Cielos un adorno preciosísimo.

i Cuándo haré, Dios mió, el aprecio que debo del verdadero mérito, de la santa libertad de hijo vuestro que me mereció mi Redentor, y despreciaré enteramente estas ilusiones de vanidad con que el mundo me deslumbra! i Cuándo lograré revestirme de la estola de justicia que haga á mi alma vistosa y agradable á vuestros ojos, y me desnudaré del hombre viejo, que todo es corrupción y vanidad!

JACULATORIAS

Apartad, Señor, mis ojos de la vanidad del mundo.—*Ps.* 118.

Sabéis; Señor, que abomino esta señal de soberbia y de vanidad que llevo sobre mi cabeza.—*Esth.*, 14.

PROPÓSITOS

1. La soberbia, la avaricia y otras semejantes pasiones son vicios que naturalmente aborrecemos en los demás, pero que con dificultad los conocemos dentro de nosotros. Se dirigen fuertes invectivas contra la sed insaciable de un avaro; pero apenas hay quien se confiese herido de esta lepra. Lo mismo sucede con el lujo: por poca reflexión que se haga, se conocen con evidencia los daños que causa al Estado, á las familias y

á la religión; pero son muy pocos los que se quejan de esta enfermedad. Se ven muchas personas en quienes no puede menos de condenarse el lujo exorbitante, y que escandalizan, no sólo en las calles y en los paseos, sino al pie de los santos altares; se las ve llegar también, y con frecuencia, á presentarse al tribunal de la penitencia, y sin duda se creerá que van á manifestar esta lepra. Esperas los siete días que prescribía la ley para abrirse de nuevo el juicio, y observas que, no sólo continúa la lepra, sino que va creciendo por momentos. Espera, no obstante, otros siete días, y no ves que los leprosos se presenten con los vestidos descosidos, con la cabeza desnuda y con el rostro cubierto, y llamándose á voces contaminados é inmundos; ni que se separen de la multitud conforme á la sentencia de la ley. Es decir, esas mismas personas frecuentan los Sacramentos; hacen vida, al parecer, cristiana, y no se las ve que disminuyan el lujo, lo que es prueba decisiva de que, ó no lo tienen por malo, ó que no le condena el sacerdote. A tanto como esto llega la ceguedad en que puede precipitarte ese vicio detestable. El ejemplo de los demás tiene también fuerza poderosa para creer permitido lo que vemos universalmente practicado; pero debes tener muy presente que no te ha de juzgar Dios por lo que hicieron ó pensaren los demás, sino por tu propia conciencia. No te servirá de disculpa el mal ejemplo: Dios te manda que lo evites, y éste no debe ser la regla de tu conducta.

2. Ten por ley inviolable cercenar algo cada día de los gastos que te parezcan menos precisos, y vete reduciendo poco á poco á una moderación y frugalidad cristiana. No se te prohíbe porte decente y honesto, conforme á tu estado y clase; pero ¿tendrás conciencia para dejar el vestido decente que hoy usas por comprarte otro, sin más necesidad que el de ser de moda? ¿No es mucho más preciso el socorro de los pobres á quienes falta uno y otro? Suelas hacer un

vestido en tu cumpleaños, en tus días ó en los de tu mujer ó hijos, sin más necesidad que esta ocurrencia; y ¿no sería moda muy cristiana, y digna de que se extendiese en todas partes, que vistieses á algún pobre en tales días? Suelas también, en dichas ocasiones, dar una, mesa espléndida á tus conocidos y parientes que no lo necesitan, y que tal vez murmuran de tu profusión ó se quejan de tu escasez; y ¿no sería mejor que te acompañasen varios pobres, que quedarían satisfechos y los tendrías siempre agradecidos? Estas razones te parecen bien, y aun te convencen; pero ¿tendrás resolución para ponerlas en práctica?